

CÓMO Y PORQUÉ ES NECESARIO VOLVER A ESTUDIAR EL AUTORITARISMO

M.Roccatto-D.Converso

Universidad de Turín

RESUMEN

El artículo defiende la necesidad que tiene la psicología política de estudiar nuevamente el autoritarismo, ya que las condiciones sociales, políticas y económicas en el mundo occidental parecen configurar una posible agudización de tendencias antidemocráticas. Después de una breve síntesis en donde se analizan los principales puntos de vista sobre la personalidad autoritaria y el autoritarismo, los autores de este artículo señalan la posición de Bob Altemeyer como el mejor punto de partida para reanudar dichos estudios.

ABSTRACT

This article argues the necessity that political psychology study authoritarianism anew, since social, political, and economic conditions in the western world appear to be giving shape to an intensification of anti-democratic tendencies. After a brief synthesis of principal perspectives on the authoritarian personality and authoritarianism, the authors of this article identify the position of Bob Altemeyer as the best point of departure for a renewal of such studies.

Introducción

Durante mucho tiempo el estudio de Adorno sobre *La personalidad autoritaria* sirvió de base para llevar a cabo innumerables estudios de elaboración y crítica¹. Esta obra es conocida en todo el mundo científico como el estudio más completo de las razones psicológicas de la adhesión al fascismo. Su punto de vista optimista y omnicompreensivo hizo que durante muchos años la psicología social, junto al psicoanálisis, la sociología, la pedagogía, el derecho y otras ciencias sociales pudieran proporcionar al mundo occidental las bases para poder comprender los motivos de determinados fenómenos que, a primera vista, parecían inexplicables por lo trágico y, al mismo tiempo, dar a una generación de científicos sociales la esperanza de poder brindarse activamente con el propio trabajo e incidir no solo sobre el malestar de cada individuo, sino también sobre el malestar de la sociedad en conjunto. La óptica política y social a través de la cual los autores miraban el mundo en el momento de plantear la investigación era la típica de la *intelligentzia* de los Estados Unidos desarrollada alrededor de la mitad de

la década de los 40, una época marcada por la indignación y la angustia de los horrores del nazismo, e influida también por los fermentos de la cultura de izquierdas del *New Deal* roosveltiano. Horkheimer, resumía así el espíritu y el significado de la investigación en la Introducción de *La Personalidad Autoritaria*: “el argumento de esta obra es la discriminación social. Pero su finalidad no es simplemente la de añadir algún resultado empírico nuevo a un conjunto ya extenso de información. El tema central de la obra es un concepto relativamente nuevo: el surgimiento de un *prototipo de hombre* que llamamos el patrón o tipo autoritario. Al contrario que el puritano tradicional, este modelo humano combina ideas y capacidades típicas de una sociedad altamente industrializada con creencias irracionales o anti-racionales. Iluminado y, al mismo tiempo, supersticioso, orgulloso de su individualismo y constantemente temeroso de no ser como los demás, celoso de su independencia y proclive a someterse ciegamente al poder y a la autoridad”².

La época histórica y los estímulos culturales, pilares de la obra de Adorno, representaron a la vez su fuerza y su debilidad. Su fuerza porque el eco que tuvo *La personalidad autoritaria* fue muy grande, tanto que llegó a difundirse superando los confines del estrecho ámbito científico que le competía, al menos inicialmente; pero también, como decíamos representó su debilidad, porque con el paso de los años y con la disminución de la angustia, de la indignación y del horror provocados por el nazismo, el tema de la personalidad autoritaria fue perdiendo interés poco a poco. Además, los cambios de las condiciones sociales, económicas y políticas en los que se ha visto envuelta Europa en la segunda posguerra, junto a la voluntad general de olvidar los horrores del pasado, provocaron que se pensara que estaba superado el estudio de los motivos psicológicos del fascismo. A todo esto también se debe añadir el hecho de que, con el paso de los años y con la publicación de centenares de investigaciones, centradas en las posibles relaciones entre la personalidad potencialmente fascista y una variedad increíblemente amplia de paradigmas y de fenómenos psicológicos y sociológicos, surgieron una serie de graves deficiencias teóricas, metodológicas y estructurales en *La personalidad autoritaria* y en los sucesivos estudios. Tales deficiencias se llegaron a ver tan insuperables, que se empezó a dudar que el fenómeno mismo de personalidad autoritaria pudiera ser estudiado científicamente desde el punto de vista de la psicología. Poco a poco, la mayoría de los científicos sociales fueron abandonando y olvidando la personalidad autoritaria.

En consecuencia, los estudios en el ámbito psicosocial de la política fueron tomando otros rumbos, orientándose por ejemplo, hacia el análisis

de la opinión pública, de las elecciones electorales, de las afiliaciones políticas, de la socialización política, etc. (Kinder, Sears, 1985; Amerio, 1996b). Sin embargo, durante los últimos años ha aumentado el número de quienes tratan de manera más o menos específica el tema de la personalidad autoritaria y del autoritarismo.

En efecto, una de las principales conclusiones que se pueden sacar de las obras publicadas sobre la personalidad autoritaria y sobre el autoritarismo es que el fascismo encuentra su principal terreno de cultivo, desde el punto de vista social, en situaciones originadas por la ausencia de normas sociales, en la crisis económica, política y cultural, en la amenaza y en el miedo general a que las propias condiciones de vida empeoren. Si se observa la sociedad de hoy, se puede notar la dramática actualidad de tales fenómenos y el riesgo de que se agrave la situación, al menos por tres motivos. Por una parte, existe una crisis que involucra el modelo global de desarrollo del mundo occidental. Esto se debe al hecho de que por primera vez nos encontramos frente a un aumento de los beneficios de las clases altas, que no implica un correspondiente aumento de la ocupación laboral y consecuente redistribución de la nueva riqueza; tal crisis, parece además sugerir a los jóvenes que su generación será la primera de los tiempos modernos que no mejorará las condiciones sociales, económicas y culturales que fueron típicas de sus padres.

En segundo lugar, la crisis general del estado social (ya sea en el plano de la reducción de recursos destinados al mismo, como en el plano de la filosofía que lo animó y promovió), contribuye a empeorar las condiciones de vida de todas las personas que dependen del mismo para su propia subsistencia y supervivencia, y por primera vez *pasa factura* a algunas clases de la población que hasta ahora no se habían visto afectadas por los ciclos de crisis económica que se fueron alternando en Occidente, desde la posguerra hasta hoy. Este es el caso, por ejemplo, de la clase media, que debe su relativo bienestar al usufructo de toda una serie de servicios públicos con características asistenciales (transporte, educación, etc.), y que ven empeorar su situación de forma repentina y drástica, si tienen que pagar directamente por tales servicios³. El tercer elemento, y el más evidente, se debe al hecho de que las continuas ondas inmigratorias provenientes del Tercer Mundo aumentarán a medida que se agraven las condiciones de vida en los países del así llamado *Sur*.

Todo esto significa que además de la clase media, que ya una vez dieron su apoyo al fascismo y al nazismo, también está expuesto a la influencia de la nueva derecha postindustrial el nuevo proletariado urbano, que teme un ulterior empeoramiento de sus propias condiciones de vida: “Los

problemas introducidos por el desarrollo del sector terciario y de especialización productiva y del exceso de mano de obra con su consecuente incremento de la falta de especialización, desocupación y movilidad, no son causa directa del apoyo a los partidos de extrema derecha. En cambio, el malestar, la inseguridad, el pesimismo en relación al futuro, la frustración por una calidad de vida modesta de estos sectores marginales, o en vía de serlo, son los que crean un depósito de potenciales seguidores de extrema derecha” (Ignazi, 1994); las condiciones de vida en las periferias urbanas, degradadas e inseguras, donde se localiza el mayor número de inmigración, se agravan aún más como consecuencia del abandono por parte de los servicios públicos y por el escaso interés que los mismos partidos y sindicatos de la izquierda tradicional les han brindado. Como dice Vecchi (1993) “el anti-estatalismo de los nazis alemanes o la crítica a la homologación cultural realizada por el *Front National* francés es más comprensible, si se tiene en cuenta el hecho que el nuevo fascismo europeo capitaliza el malestar general, producto de los desmoronamientos sociales y productivos que acosan la sociedad capitalista. Esto tiene poco que ver con la renovada presencia en la escena política en los respectivos países de ancianos ex-SS o nostálgicos del *ancien regime*. Por tanto, no se habla de un retorno de inofensivos fantasmas del pasado, sino que se trata de un nuevo fascismo europeo, como consecuencia imprevista de la crisis del estado del bienestar y del crecimiento de la marginalidad social en el corazón del capitalismo europeo. Es en este escenario donde toma cuerpo la crisis de la democracia representativa. Ante la descomposición del viejo orden, en el cual las clases sociales ocupaban cada una su lugar al sol, respetando el compromiso entre derechos sociales y políticos del movimiento obrero, Europa —después del Muro— propone el culto a las diferencias y la crisis de las instituciones de la democracia, incapaz de ofrecer respuestas a la fragmentación social.

La nueva derecha, debe ser entonces entendida como un fenómeno social ambivalente que encuentra en el individualismo radical y en la invención de nuevas tradiciones —la etnia, por ejemplo— un léxico para manifestarse públicamente y esto sucede con mayor dramatismo cuando en el panorama social, la inmigración del Tercer mundo ocupa un lugar central. La presencia de mujeres y hombres portadores de culturas y comportamientos diversos es el detonante social que introduce una reacción a la pérdida de pertenencia que produce la modernización capitalista. Ante la destrucción de los vínculos sociales, Europa, ofrece solo el restablecimiento de jerarquías coercitivas de las cuales la derecha neofascista es la intérprete más extrema”⁴.

Es el miedo a esta alteridad —como nos recuerda Revelli (1996)— la base de tantos episodios violentos e irracionales, de los cuales la crónica da frecuentemente noticias. El miedo a la diversidad, el sueño de la *identidad biológica* (la que está detrás del Holocausto y en cada operación de *limpieza étnica*), parece verificarse cada vez que las transformaciones sociales imponen un cambio real en los valores y en las tradiciones más consolidadas y seguras: “es significativo que el mito de la pureza de la sangre nace en el momento en el cual los pueblos comienzan a *moverse*; en donde la sociedad tradicional se transforma, y la revolución industrial desafía las antiguas estabildades territoriales: desarraiga a los hombres de su tierra de origen superando los confines de la supervivencia comunitaria y los ámbitos del mercado, transformando en un inmenso espacio abstracto dentro del cual los hombres y la mercancía, se mueven indiferentemente, mientras se vuelven inciertos viejos confines naturales, y se desintegran las consolidadas identidades”⁵.

¿Qué es entonces el autoritarismo? ¿Cómo se conjuga con las dimensiones política-ideológica de la derecha y de la izquierda? ¿Puede la psicología proponer métodos científicos para analizarlo?. Estos son los temas que se abordan en este artículo a través de los siguientes apartados: la primera parte distingue el sentido psicológico del poder, autoridad y autoritarismo, entre los cuales muchas veces se producen confusiones; la segunda parte está constituida por una breve descripción de las principales posiciones sobre el fenómeno analizado; la tercera y última parte contiene una discusión de los principales temas surgidos del debate sobre el autoritarismo.

Poder, autoridad y autoritarismo

El estudio sobre la autoridad presenta actualmente problemas: por un lado la ambigüedad debido a que el interés de los psicólogos se orientó más hacia el estudio de las desviaciones de la autoridad que hacia el desarrollo de la autoridad misma. Por otro lado, se carece de una definición unitaria del concepto, no sólo en la parte teórica, sino también en el uso corriente del término. Los conceptos de fuerza, poder, influencia y autoridad son casi siempre utilizados como sinónimos legítimamente intercambiables: es suficiente pensar que todos implican la capacidad de dar, más o menos abiertamente, órdenes y de imponer obediencia.

El intento de ofrecer una definición y un marco teórico del fenómeno del poder desde un punto de vista psicológico se enfrenta a numerosos problemas; si bien la literatura sobre este tema es amplia y está consolidada en el ámbito de la sociología y la ciencia política, en el campo de la psicología no se encuentran aportaciones completamente satisfactorias⁶.

La literatura psicológica y la sociológica están de acuerdo en considerar el poder como facultad, potencia, posibilidad y capacidad de hacer: poder se deriva del término latín *potestas* e implica “dos significados complementarios, pero a la vez distintos: *tener el permiso de* (expresado en el verbo inglés *may*), y *ser capaz de* (expresado en el verbo inglés *can*)”⁷. De esto se deriva una distinción del fenómeno que estamos examinando, que puede ser útil para nuestro trabajo. Por un lado tenemos la concepción de poder más difundida y más cercana a la del sentido común, que lo considera como *poder sobre alguien*, y está ligada a la posibilidad de mando: en este sentido poder puede coincidir con dominio. Por otro lado, en cambio, tenemos la concepción que lo considera como *capacidad de hacer algo*, de actuar de manera útil, y tal vez difícil. Es como si estas dos concepciones fueran los extremos de un continuum: por una parte el poder, político e interpersonal, sobre los otros y, por otra parte, el poder que tiene origen en el *si mismo*, que Horner (1989) define como *poder intrínseco*, en el cual tienen origen los sentimientos de dominio, de competencia, de fuerza y de eficacia en las relaciones con el mundo. Además, esto es la base que da la posibilidad de pensar y sentir libremente, de conocer el trabajo creativo de la propia mente, además de la seguridad de la percepción de sí mismo. Quién experimenta el propio poder intrínseco aún en su experiencia con la realidad, no necesita esconder la propia impotencia y la propia debilidad con sentimientos de grandeza y de omnipotencia.

Al hablar ya específicamente de las relaciones de autoridad se presupone que en éstas existe una conformidad y obediencia voluntaria por parte de quien está subordinado, sin que exista explícitamente la necesidad de recurrir a la fuerza o a la coerción. Mendel (1972-73), señala que la autoridad real no podría existir sin la posibilidad de una intervención represiva en caso de transgresión, pero reconoce que, en la mayoría de los casos, esta intervención queda en estado latente: la coerción parece ser solamente la *extrema ratio* de la autoridad y tampoco resulta ser un instrumento particularmente eficaz. La autoridad se refiere, por tanto, a una relación interpersonal, en la cual una persona considera a otra persona superior a sí misma (Fromm, 1941), o también se refiere a una persona, a una institución, o a un mensaje en los que se confía, cuyas ideas, sugerencias y órdenes son acogidas con agrado, respeto, o al menos sin hostilidad o resentimiento, y con una predisposición al consentimiento (Bordón y Bourricaud, 1986). La autoridad puede ser la base del dominio, pero no es absolutamente equivalente a éste último (Weber, 1922; Gallino, 1988).

Puede ser entonces útil, hacer referencia al origen histórico-etimológico del término. Autoridad deriva del latín *auctoritas* y a su vez del verbo *au-*

gere, es decir aumentar, ampliar, hacer crecer y también autorizar, consentir. La *autoritas tutoris*, en derecho romano, era la autorización para actuar en un asunto jurídico que el pupilo recibía de su tutor, que a su vez era su garantía. La *auctoritas* era entonces la confirmación o el aumento de la facultad de hacer de un individuo considerado no completo ni maduro; ser *auctor* de alguien significaba aconsejarlo, aprobar de manera normativa y eficaz su acción. El concepto de *auctoritas* implicaba la sumisión voluntaria al consejo del *auctor*, en virtud de la confianza del subordinado en su superioridad; la función estaba presente en cualquier relación en la que alguien apoyara y ayudara aconsejando a otro; en este sentido, *auctoritas* sería algo así como menos que una orden y más que un consejo. En la Roma antigua, *auctoritas* era el derecho de deliberación vinculante al Senado, que delegaba la *potestas* del poder ejecutivo a los magistrados; toda la organización que sustentaba la *auctoritas* se apoyaba en las presupuestas cualidades personales y espirituales de quién la detentaba. (Cfr. Friedrich, 1958; Eschenburg, 1965; Trentini, 1980; Sennett, 1980; Gallino, 1988. Para más información sobre la autoridad en las diversas épocas históricas y en las distintas corrientes filosóficas se puede consultar los trabajos de Arendt, 1958; Eschenburg, 1965, Gallino, 1988; Abbagnano, 1990.

El autoritarismo se refiere en cambio generalmente a una desviación, una degeneración de la autoridad: la autoridad está al servicio de la persona, y utiliza la posibilidad y la capacidad de hacer pensar y de conocer, mientras que el autoritarismo se apropia de los otros para utilizarlos en beneficio propio. En este sentido se debe entender como un ejercicio exacerbado que tiene como fin el poder en sí mismo, o como un intento de dominar con medios ideológicos o con el recurso a cualquier forma de poder — como es una autoridad en decadencia— al no existir la obediencia voluntaria. Para Stoppino (1974), existe una relación de autoridad en los casos en los cuales hay un consenso, una atribución de legitimidad del poder, mientras que existe una relación de autoritarismo cuando tal legitimidad está solo presente en la concepción de quién ejerce el poder. Sin embargo es muy importante distinguir entre una relación bajo la bandera de autoridad y una relación bajo la bandera del autoritarismo, la distinción que establece Fromm (1941) entre autoridad racional y autoridad inhibitoria, distinción que es fácil analizar paralelamente a la que hemos visto antes entre los dos tipos de poder analizados por Horner (1989); en el primer caso, paragonable a la relación docente-estudiante, la superioridad tiene la función de ayudar a la persona sujeta a la autoridad, para poder aprovechar las mejores cualidades y competencias del otro; en el segundo caso, paragonable a la

relación patrón-esclavo, la superioridad tiene la función de someter psicológicamente o materialmente, a quién está subordinado.

En psicología social por autoritarismo se entiende una actitud o un comportamiento caracterizado por la convicción de que es necesaria una rígida aceptación de la autoridad y la obediencia a la misma. En consecuencia, el término fue aplicado tanto al que ejerce tal autoridad, como a quién la sufre. La perspectiva principal de los estudios psicológicos sobre el autoritarismo describe este fenómeno como típico de las masas y no de los líderes: puede generar *gregarismo*, *autodesvalorización* y *algunas veces, rebelión, impulsividad y agresividad* (Galimberti, 1992); lleva a desear obedecer y ser sometidos y está muchas veces relacionado con la agresividad, normalmente enmascarada por exigencias de carácter ético, social y político.

Los problemas surgen en el momento en que se quiere estudiar el autoritarismo desde el punto de vista de la psicología. Analizando la literatura, nosotros consideramos que uno de los orígenes de dicho problema se encuentra en la utilización no precisa y no perfectamente aclarada del término autoritarismo. A partir de *Die Massenpsychologie des Faschismus* (Reich, 1933) hasta llegar a nuestros días, de hecho, los términos de *carácter autoritario*, *personalidad autoritaria*, *autoritarismo*, *mente dura*, *dogmatismo* y *conservadurismo* han sido utilizados con frecuencia de manera confusa. Por tanto, es necesaria una definitiva clarificación terminológica para volver a estudiar este campo.

Carácter autoritario y personalidad autoritaria

Los distintos puntos de vista que estudian el carácter autoritario y la personalidad autoritaria esencialmente se apoyan en la escuela psicoanalítica. Las principales aportaciones en este sentido son las obras de Reich *Die Massenpsychologie des Faschismus* (1933), de Fromm *Escape from Freedom* (1941), de Adorno y colegas *The Authoritarian Personality* (1950) y —más recientemente— de Alice Miller *Am Anfang war Erziehung* (1980). Estos enfoques no se contentaron con estudiar un simple paradigma psicológico, sino que pretendían explicar una verdadera y propia estructura de carácter o de personalidad que fundamenta la adhesión al fascismo y al nazismo. La atención está puesta en todos los hechos que suceden en la infancia de cada individuo, en el tipo de pedagogía utilizada por sus padres, en la represión sexual y afectiva, en la lucha entre las instancias psíquicas, en la ambivalencia de frente a la figura de sus padres, en las dinámicas inconscientes de proyección, introyección e identificación. Estas perspectivas, por tanto, tienden a construir *tipos* y *síndromes* que permiten clasificar los indi-

viduos en base a su personalidad: es ampliamente conocida la concepción de Adorno y colegas sobre la personalidad autoritaria, como síndrome compuesto por nueve subconjuntos que se combinan de manera diferente de individuo a individuo, determinando el tipo que potencialmente se adhiere a los movimientos fascistas.

Especialmente importantes son las asociaciones que tales perspectivas hacen entre el individuo y la sociedad: dado que la ideología procede de la estructura de personalidad o del carácter, existe una influencia recíproca entre las características individuales de las masas y el tipo de sociedad en la que viven. Es entonces indispensable señalar explícitamente que según estos autores todo lo que sucede al niño en sus primeros años de vida no tiene repercusiones solamente sobre su futuro, sino que también involucra a la sociedad entera; por ejemplo, Miller señala que la droga, la psicosis, la criminalidad, la sumisión a la autoridad, el sadismo, la destructividad, etc., no son otra cosa que “la expresión acabada de las primeras experiencias”.

Dogmatismo y mente dura. Los teóricos del autoritarismo de izquierdas

Otros estudios que trataron el tema se refieren, en cambio, a aspectos menos emotivos y más cognitivos: es el caso de *The Psychology of Politics* (Eysenck, 1954), de *The Open and Closed Mind* (Rokeach, 1960) y —más recientemente— la perspectiva piagetiana, representada por *Moral Judgment, Authoritarianism and Ethnocentrism* de Van Ijzendoorn (1989)⁸. Según las primeras dos posiciones, no tiene mucho sentido hablar de personalidad o de carácter autoritario, sino que sería más útil hablar de estilo cognitivo dogmático o *duro*. Esto, según los autores, permite comprender tanto a los autoritarios *de derechas* estudiados por Reich, Fromm y Adorno, como a los autoritarios de izquierdas, es decir, los comunistas. Comunistas y fascistas compartirán estilo de pensamiento, simplificado, excesivamente rígido, intolerante a la ambigüedad y a las contradicciones: una *mente dura* (Eysenck, 1954) o un estilo de pensamiento *dogmático* (Rokeach, 1960). Según estos autores les diferencia lo *qué creen* y les une el *cómo lo creen*. En la última parte del trabajo expondremos nuestra opinión sobre el autoritarismo de izquierdas.

Individuo y situación

Los puntos de vista más interesantes de todos los intentos de conjugar marxismo y psicoanálisis, llevados a cabo desde Reich (1933) y Fromm (1941) en adelante, relacionan las características psicológicas de los individuos con la situación social, política y económica en la que tienen que vivir. Algunas de estas perspectivas se centran sobre todo en las característi-

cas de la persona (es el caso, por ejemplo, de *La personalidad autoritaria*), mientras otros prestan más atención a la situación. Representantes interesantes del segundo caso son los estudios de Lipset (1959; 1981) sobre el autoritarismo de la clase obrera. Según Lipset los miembros de las clases con más desventajas viven en condiciones favorables para el desarrollo de altos niveles de autoritarismo. Los estudios sobre el comportamiento agresivo en situaciones de obediencia de Milgram (1974), que demuestran como las personas *normales* y perfectamente integradas en la sociedad pueden ser inducidas a situaciones de sumisión a la autoridad, a comportamientos violentos hasta al homicidio, y las investigaciones realizadas por Sales (1972;1973) y por Doty, Peterson y Winter (1991) con datos de archivos, que muestran que los individuos aumentan su grado de autoritarismo en las situaciones de amenaza ambiental (económica y social).

El autoritarismo (de derechas) como conjunto actitudinal

La posición de Bob Altemeyer, particularmente apreciable, se apoya en la teoría del aprendizaje social (Bandura, 1977, 1988); un paradigma ágil, flexible y fácilmente falsificable. El autor canadiense define el autoritarismo de derechas como la covariación de *Sumisión autoritaria*, *Agresividad autoritaria* y *Convencionalismo*. Estas dimensiones del autoritarismo son vistas por Altemeyer como *una agrupación actitudinal* o, de hecho, como factores *individuales*, como variables personales o como características de la personalidad que, combinándose con la situación ambiental, orientan el comportamiento de los autoritarios hacia ciertas clases de estímulos (en el caso en cuestión el poder establecido, las víctimas de una agresividad legitimada por la sociedad y las convenciones sociales). Según Altemeyer, en contraposición con las teorías anteriores, es en los años de la adolescencia cuando surgen las verdaderas y propias diferencias individuales en lo que se refiere al autoritarismo. Los experimentos realizados con la *Escala de Experiencias*⁹, demostraron que es este el período en el cual a las fuentes de desarrollo de la infancia, se asocia otra de fundamental importancia: la experiencia directa y autónoma de la vida, que refuerza el desarrollo del adolescente en la dirección tomada en la infancia, o modifica su curso — aunque pocas veces— de forma drástica. El factor discriminante de “no autoritario—autoritario” parece que se vincula al hecho de que los primeros tienen la posibilidad de tener muchas experiencias directas de la vida, y por tanto tomar contacto con muchos objetos de las actitudes relacionadas con el autoritarismo (y por tanto modificar sus propias actitudes), mientras que los segundos, no tienen esta posibilidad, probablemente porque viven de forma aislada o suelen relacionarse con personas parecidas a ellos, y no en-

tran en contacto con personas y visiones del mundo distintas. Debido a esto, es probable que experimenten el mundo como extremadamente amenazador. En los casos en los cuales este miedo al mundo se traduce en forma de superioridad moral, será más fácil que se produzcan respuestas marcadas, además del convencionalismo y de la sumisión autoritaria, por la agresividad autoritaria.

Discusión

1. *¿Qué es el autoritarismo?* Nuestra posición se sitúa en la línea de la tradición que se inició con Reich (1933) y prosiguió con los estudios de Fromm (1941), de Adorno y colaboradores (1950), hasta llegar a la de Altemeyer (1981; 1988) pasando por muchos autores que no están citados aquí por no alargar excesivamente este trabajo. Para nosotros el autoritarismo, independientemente de la definición que se da (fenómeno de carácter o de personalidad, fenómeno cognitivo, fenómeno comportamental o fenómeno actitudinal) no se refiere al líder, sino a la tendencia de la colectividad a seguir ciertos jefes; alude a quién sigue la autoridad y no a quién la detenta. Sustancialmente, no estamos de acuerdo con una serie de puntos de vista que plantea Ray (1976) que, en contraposición, considera el autoritarismo como una tendencia a imponerse sobre los demás y por tanto como fenómeno de potenciales líderes de los regímenes autoritarios.

2. *¿Puede la psicología estudiarlo científicamente?* Según nuestro criterio: sí. Siempre que pueda superar los problemas que se plantearon desde 1950 en adelante, debido a una interpretación errónea de *La personalidad autoritaria*. Es necesario insistir en que la obra de Adorno y colegas no pretendía estudiar el autoritarismo, sino los motivos psicológicos del potencial fascismo. Es decir no investigaba una construcción psicológica, sino la relación, más general entre ideología fascista y estructura de la personalidad. Esto no fue tenido en cuenta por muchos investigadores, y por eso se produjeron graves confusiones, hasta el punto que algunos autores pensaron que el autoritarismo no podía ser estudiado científicamente. Sustancialmente, la personalidad autoritaria y el autoritarismo no son sinónimos, aunque la psicología puede estudiar científicamente el autoritarismo, entendido como paradigma psicológico, en cambio no puede estudiar la personalidad autoritaria. Es decir, la psicología puede estudiar la naturaleza de la covariación de Agresividad autoritaria, Sumisión autoritaria y Convencionalismo —es la definición de autoritarismo planteada por Altemeyer y según nosotros es la mejor teórica y metodológicamente—, pero no puede estudiar en el sentido psicoanalítico las dinámicas de personalidad, que están a la base de la adhesión al nazismo de las “grandes masas de personas dis-

puestas a tolerar el exterminio masivo de sus conciudadanos” de los cuales hablan Horkheimer y Flowerman en su introducción a *La personalidad autoritaria*.

3. *¿Existe un autoritarismo de izquierdas?* Nosotros creemos que es necesario anteponer algunas consideraciones de orden histórico. La notable aspereza del debate sobre el autoritarismo de derechas y el autoritarismo de izquierdas, junto con la aparente incompatibilidad de las dos posiciones opuestas, es explicable en base a diferencias de orden teórico entre distintos autores, no solo en el campo de la psicología, sino también en el de la política y de la historia. En este sentido, es especialmente importante la teoría de referencia respecto al nazismo de la que parten los autores, teoría que en algunos se muestra explícitamente y que otros está implícita. Sustancialmente, la tradición histórica sobre la esencia del nazismo puede ser reconducida a algunas corrientes de pensamiento. Las que nos interesan a nosotros son dos, y el debate entre ellas todavía está abierto. La primera es la escuela marxista, que dominó la escena en los años anteriores a la segunda guerra mundial. Esta procede de la doctrina leninista del imperialismo, origen del *Comintern* en los años veinte. Ve nazismo y fascismo como el intento de la burguesía capitalista de mantener el propio poder económico mediante la manipulación de un movimiento de masas que destruya la clase obrera revolucionaria. Fascismo y nazismo serían entonces la forma necesaria y al mismo tiempo el estadio final del dominio burgués capitalista. La segunda es la teoría liberal clásica, que dominó la escena en los años de la guerra fría. Concibe el nazismo y el comunismo como tradiciones de pensamiento y sus máximos representantes son Arendt (1951), Friedrich (1954) y Bracher (1978).

Es lógico que quién tiene una teoría sobre el nazismo, explícita o tácita, relacionada con la primera escuela, no puede aceptar la existencia de un autoritarismo de izquierdas, mientras que los que parte de una teoría perteneciente a la segunda escuela, encontrarán semejanzas entre el fascismo y el comunismo. Por eso las continuas referencias de Reich, Fromm y algunas veces por Adorno, a la neurosis o a la psicosis del nazismo se enmarcan o tienen su origen mas en la teorización histórico-política, que en la teorización psicológica de estos autores; y al contrario ocurre con los autores del autoritarismo de izquierdas.

De cualquier forma, nos parece que el debate sobre el autoritarismo de derechas y de izquierdas se puede considerar superado, puesto que siguiendo la teoría de Altemeyer (1988, 1991), es probable que el autoritarismo de izquierdas no exista. Punto crucial es la diferencia entre los comunistas de los países occidentales y los comunistas de los países del ex-bloque soviéti-

co. Los primeros no son autoritarios, desde el momento que ideológicamente tienden a defender las instituciones democráticas y a estar a favor de la libertad de expresión y del derecho a la discrepancia y, desde el punto de vista psicológico, no suelen manifestar simultáneamente tendencias agresivas autoritarias, convencionalismo y sumisión autoritaria. En contraposición, los segundos tienden a oponerse a todo esto, y su autoritarismo es de izquierdas solo del punto de vista nominal, dado que manifiestan las características de la derecha de nuestros países. Por tanto, los comunistas de los países occidentales no son autoritarios (aunque sí, obviamente, pueden ser fanáticos, doctrinarios y dogmáticos) y los comunistas de los países del Este son autoritarios de derechas. Los estudios de McFarland, Ageyev, Abalákina-Paap (1990;1992) confirman esta teoría.

4. *¿Tiene sentido que la psicología social retome el estudio del autoritarismo?* Nuestra respuesta es: *decididamente sí*. Tiene sentido porque en el momento actual, como hemos dicho, las condiciones sociales, políticas y económicas parecen configurar nuevamente una serie de peligros para nuestras democracias. Es cierto, parece imposible estudiar nuevamente los motivos psicológicos de la adhesión al fascismo (pero, ¿a qué fascismo, en los países occidentales de la segunda mitad de los años 90?). El estudio de la sumisión ciega a los dirigentes fuertes, de la agresividad en relación a los víctimas del sistema, sancionados negativamente por la sociedad y por la necesidad de conformidad es algo lamentablemente muy actual, como actual parece el reclamo a un mundo ordenado, en el cual *cada uno tenga su lugar* (Ignazi, 1994), garantizado por quién dice en voz alta lo que *la gente casi no se atreve a pensar*. Hacemos nuestras las palabras de Mazzara (1996) cuando dice que las masacres que a menudo acompañan las muchas guerras llamadas *étnicas* no son otra cosa que “la parte más dramáticamente evidente de una tendencia más sutil y difusa, que ve el mundo moderno caracterizado siempre por dinámicas de hostilidad y exclusión, y no tanto por un sentido de comunidad civil e integración... Nuestra cultura está impregnada de un sustancial universalismo, fruto de la fusión entre la razón ilustrada, el positivismo científico y la ética cristiana, y consolida la evidencia histórica de los horrores en los cuales la discriminación étnica y racial primaron en la primera parte de este siglo. Se difundió la convicción alentadora de que el Holocausto no se podría repetir y hemos cerrado durante años los ojos ante los innumerables genocidios sistemáticos que no dejaron nunca de ensangrentar las partes más diversas del planeta, en nombre de los *valores* más disparatados, de la religión a la nacionalidad y a la competición socio-económica. Ahora que nuestra Auschwitz cotidiana nos es servida por los noticieros junto con el almuerzo, y ahora que el otro —el dife-

rente— vive realmente a nuestro lado, aunque nosotros no nos sentimos con ánimo de ofrecerle verdadero respeto y verdadera dignidad a la cual tiene derecho, vuelven los interrogantes fundamentales sobre la naturaleza humana y sobre la naturaleza de lo social. Y esta es la razón por la cual las disciplinas sociales no solo no se pueden sustraer, sino que deben asumir como un gran desafío la posibilidad de contribuir a la comprensión de estos fenómenos”. Fundamentalmente parece necesario volver a empezar a estudiar una serie de fenómenos *viejos* reconsiderándolos bajo la óptica actual y utilizando instrumentos adecuados a las condiciones sociales y políticas de hoy, considerando también que el autoritarismo puede ser un interesante punto de articulación entre las dinámicas individuales y las sociales.

5. ¿Por tanto, cómo estudiar el autoritarismo? Nosotros pensamos que debemos hacerlo utilizando puntos de vista flexibles y falsificables, y la posición más convincente, en este sentido, nos parece que es la de Bob Altemeyer. Perspectiva que desarrolla a lo largo de veinte años, con un número extraordinario de sujetos y mostrada con la escala de *Autoritarismo de derechas*, que es considerado ampliamente el mejor instrumento disponible (consultar por ejemplo, Christie, 1991).

Además, la covariación de Agresividad autoritaria, Convencionalismo y Sumisión autoritaria parece tener un sentido psicológico, no sólo en Canadá, sino también en numerosos países como son Australia (Heaven, 1984, Feather, 1993), Alemania y Sudáfrica (Altemeyer, 1988), Rusia (Mc Farland, Ageyev, Abalakina-Paap, 1990), Italia (Converso, Roccato, 1996) y España¹⁰. A nuestro juicio no debe ser motivo de tristeza el tener que abandonar las perspectivas omnicomprensivas de las cuales partieron los estudios sobre la personalidad autoritaria; al contrario una estrecha y rigurosa definición del paradigma del autoritarismo no puede dejar de ser provechoso del punto de vista teórico y metodológico, no negándose, al mismo tiempo, la posibilidad de investigar también a aquellos que podrían ser los potenciales seguidores de un líder fuerte y antidemocrático.

1 Meloen calculó que desde 1950 hasta 1980 la Escala F fue suministrada a más de 30.000 sujetos estadounidenses y a otros 15.000 en otros 23 países (Sanford, 1986). Meloen (1991) señala más de 2000 publicaciones científicas sobre el autoritarismo desde 1950 a 1990

2 Horkheimer, 1950, p.IX.

3 En esta cuestión ver Rifkin (1995). Pone de manifiesto la correlación entre el empeoramiento de las condiciones de vida de los estratos siempre más numerosos de la población y el aumento de los sucesos de intolerancia y criminalidad.

4 Vecchi, 1993, p.11-12.

5 Revelli, 1996, p.145.

6 Es suficiente decir aquí que la mayor parte de los puntos de vista, no se centraron en la relación del poder, sino que siguieron paradigmas individuales, viendo el poder como expresión

de una exigencia individual, intrapsíquica que lleva al individuo a encontrar placer sobre todo en la posibilidad de mandar, guiar, influir y, en cierto modo, de manipular a los otros. Para algunas discusiones interesantes sobre el concepto de poder, consultar Tedeschi, 1974; Wrong, 1979; Ng, 1980; Trentini, 1980; Anolli e Ugazio, 1984; Gallino, 1988; Quadrio e Venini, 1988; Boulding, 1990; Gentile, 1995.

- 7 Trentini, 1980, p.1043-1044, cursivos en el original.
- 8 No profundizaremos en este punto de vista: es suficiente decir que él mismo reinterpreta las conclusiones de *La personalidad autoritaria* a la luz no del segundo tema freudiano, sino de un posible estancamiento en el desarrollo del razonamiento moral, cuya explicación estaría en el hecho que la familia obliga al niño a asumir prematuramente y acriticamente el sistema de valores de sus padres, impidiéndole desarrollar uno propio. La obediencia a los individuos más fuertes, es una característica de los primeros estadios del desarrollo moral, en los cuales el razonamiento moral está determinado por la autoridad.
- 9 Altemeyer, 1988.
- 10 Altemeyer, 27 de Agosto de 1995, comunicación personal.

Referencias

- Abbagnano, N. (1990): Autorità. En Abbagnano, N. (Ed.): *Dizionario di filosofia*, UTET. Torino, p. 90-92.
- Allen, W.S. (1965): *The Nazi Seizure of Power. Experience of a Single German Town 1930-35*. Quadrangle Books, Chicago.
- Altemeyer, B. (1981): *Right-Wing Authoritarianism*. University of Manitoba Press, Winnipeg.
- Altemeyer, B. (1988): *Enemies of Freedom. Understanding Right-Wing Authoritarianism*. Jossey-Bass, San Francisco.
- Altemeyer, B.-Kamenshikov, A. (1991): Impressions of American and Soviet Behaviour: RWA Images in a Mirror. *South African Journal of Psychology*, 21, p. 255-260.
- Adorno, T.W.- Frenkel-Brunswick E.-Levinson, D.J.- Sanford, R.N. (1959): *The Authoritarian Personality*. Harper, New York.
- Amerio, P. (1966a): Scenari sociali e norme morali. En P. Amerio, *Forme di solidarietà e linguaggi della politica*. Bollati Boringhieri, Torino, p. 15-35.
- Amerio, P. (1996b): Nuove prospettive nell'analisi psicosociale della politica. En P. Amerio, *Forme di solidarietà e linguaggi della politica*. Bollati Boringhieri, Torino, p. 115-129.
- Amerio, P.: *Svolte della sinistra, tentazioni di destra in Europa. Un'analisi nell'ottica della psicologia sociale*. (En prensa).
- Anolli, L.-Ugazio, V. (1984): Per un'analisi della dinamica psicologica della relazione di potere. En Quadrio Aristarchi A. (Ed.): *Questioni di psicologia politica*. Giuffré, Milano.
- Arendt H. (1951): *Origins of Totalitarianism*. Harcourt, Brace & World, New York.
- Arendt, H. (1958): What Was Authority?. En Friedrich C.J. (Ed.): *Authority*. Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Baars, J.-Scheepers P. (1993): Theoretical and Methodological Foundations of "The Authoritarian Personality". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 29, p. 345-353.
- Bandura, A. (1977): *Social Learning Theory*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- Bandura, A. (1988): Social Cognitive Theory of Moral Thought and Action. En Kurtines, W.M.-Gewirtz, J.L. (Eds.): *Moral Development through Social Interaction*. Wiley, New York.
- Bianchi, S. (Ed.) (1995): *La sinistra populista*. Castelvecchi, Roma.
- Boudon, R.-Bourricaud, F. (1986): Autorité. En Boudon, R.-Bourricaud, F. (Eds.): *Dictionnaire critique de la sociologie*. Paris: Presses Universitaires de France, p.32-37.
- Boulding, K.E. (1990): *Three Faces of Power*. Sage Publications, London; [ecc.].

- Bracher,D.(1978): *Schlüsselwörter in der Geschichte*. Droste Verlag, Düsseldorf.
- Caldiron,G.(Ed.)(1993): *Gli squadristi del 2000*, Manifestolibri, Roma.
- Calvi,G.-Vannucci,A.(1995): *L'elettore sconosciuto*. Il Mulino, Bologna.
- Carlotti,A.L.(1984): *Storia, psicologia, psicoanalisi*. Angeli, Milano.
- Christie,R.(1991): Authoritarianism and Related Constructs. En Robinson,J.P.-Shaver,P.R.-Wrightsmann,L.S. (Eds.): *Measures of Personality and Social Psychological Attitudes*, Academic Press, San Diego.
- Converso,D.-Roccatò,M.(1996): L'altra faccia della solidarietà: uno studio psicosociale sull'autoritarismo. En P. Amerio: *Forme di solidarietà e linguaggi della politica*. Bollati Boringhieri, Torino.
- De Luna,G.(1994): *Figli di un benessere minore. La Lega 1979-1993*, La Nuova Italia, Firenze.
- Doty,R.M.-Peterson,B.E.-Winter,D.G.(1991): Threat and Authoritarianism in the United States, 1978-1987. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, p. 629-640.
- Eckhardt,W.(1991): Authoritarianism. *Political Psychology*, 12(1), p.97-124.
- Eschenburg,T.(1965): *Über Autorität*, Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- Eysenck,H.J.(1954): *The Psychology of Politics*, Routledge & Kegan Paul, London.
- Feather,N.T.(1993): Authoritarianism and Attitudes Toward High Achievers. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65(1), p.152-164.
- Friedrich,C.J.(1954): *Totalitarianism*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Friedrich,C.J.(Ed.)(1958): *Authority*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Fromm,E.(1941): *Escape from Freedom*, Avon Books, New York.
- Galimberti,U.(1992): Autorità. En Galimberti U. (Ed.): *Dizionario di psicologia*, UTET, Torino.
- Gallino,L.(1988): Autorità. En Gallino,L.(Ed.): *Dizionario di sociologia*, UTET, Torino, p.58-64.
- Gentile,R.(1995): *Il potere senza volto*, Angeli, Milano.
- Horkheimer,M.(1950): Preface. En Adorno T.W.- Frenkel-Brunswick E.- Levinson D.J.- Sanford R.N.: *The Authoritarian Personality*, Harper, New York. p.IX-XII.
- Horkheimer,M.-Flowerman,S.H.(1950): Foreword to Studies in Prejudice. En Adorno,T.W.- Frenkel-Brunswick E.-Levinson D.J.-Sanford R.N.: *The Authoritarian Personality*, Harper, New York, p.V-VIII.
- Horner,A.J.(1989): *The Wish of Power and the Fear of Having It*, Jason Aronson Inc., Northvale; London.
- Ignazi,P.(1994): *L'estrema destra in Europa*, Il Mulino, Bologna.
- Kershaw,I.(1985): *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation*, Edward Arnold Publishers, London.
- Kinder,D.R.-Sears,D.O.(1985): Public Opinion and Political Action. En Lindzey,E.-Aronson,E.(Eds.): *Handbook of Social Psychology*, Random House, New York.
- Lipset,S.M.(1959): Democracy and Working-Class Authoritarianism. En *American Sociological Review*, 24, p.482-502.
- Lipset,S.M.(1981): *Political Man: The Social Bases of Politics*, Doubleday, New York.
- Martini,M.(1995): *La destra populista*, Castelveccchi, Roma.
- Mazzara,B.M.(1996): *Appartenenza e pregiudizio. Psicologia sociale delle relazioni interetiche*, La Nuova Italia Scientifica, Roma.
- McFarland,S.G.- Ageyev,V.S.- Abalakina-Paap,M.A.- Russian Authoritarianism. En Stone W.F.- Lederer G. (Eds.)(1990): *Strength and Weakness: The Authoritarian Personality Today*, Springer-Verlag, New York.

- McFarland, S.G.- Ageyev, V.S.- Abalakina-Paap, M.A.(1992): Authoritarianism in the Former Soviet Union. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63(6), p. 1004-1010.
- Meloan, J.(1991): The Fortieth Anniversary of "The Authoritarian Personality". *Politics and the Individual*, 1(1), p.119-127.
- Mendel, G.(1972-1973): *Sociopsychanalyse*, Payot, Paris.
- Milgram, S.(1974): *Obedience to Authority*, Harper & Row, New York.
- Miller, A.(1980): *Am Anfang war Erziehung*, Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- Moscovici, S.(1985): *L'âge des foules. Un traité historique de psychologie des masses*, Editions Complexe, Bruxelles.
- Ng S.(1980): *The Social Psychology of Power*, Academic Press, London.
- Orfali, B.(1990): *L'adhésion au Front National*, Editions Kimé, Paris.
- Quadrio, A.-Venini, L.(Eds.)(1988): *Potere e relazioni sociali e politiche*, Vita e Pensiero, Milano.
- Ray, J.J.(1976): Do Authoritarians Hold Authoritarian Attitudes?. *Human Relations*, 29, p.307-325.
- Reich, W.(1993): *Massenpsychologie des Faschismus*, Sexpol Verlag, Berlin.
- Revelli, M.(1996): *Le due destre*, Bollati Boringhieri, Torino.
- Rifkin, J.(1995): *The End of Work. The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Putman, New York.
- Rokeach, M.(1960): *The Open and Closed Mind*, Basic Books, New York.
- Rosanvallon, P.(1995): *La nouvelle question sociale*, Editions du Seuil, Paris.
- Sales, S.M.(1972): Economic Threat as a Determinant of Conversion Rates in Authoritarian and Nonauthoritarian Churches. *J.l of Pers. and Soc. Psycho.*, 23, pag. 420-428.
- Sales, S.M.(1973): Threat as a Factor in Authoritarianism: An Analysis of Archival Data. *Journal of Personality and Social Psychology*, 28, p.44-57.
- Samelson, F.(1986): Authoritarianism from Berlin to Berkeley: On Social Psychology and History. *Journal of Social Issues*, 42, 1, p.191-208.
- Sanford, N.(1986): A Personal Account of the Study of Authoritarianism: Comment on Samelson. *Journal of Social Issues*, 42, 1, p.209-214.
- Sennett, R.(1980): *Authority*, Knopf, New York.
- Stoppino, M.(1974): *Le forme del potere*, Guida, Napoli.
- Tedeschi, J.T.(1974): *Perspectives on Social Power*, Aldine, Chicago.
- Trentini, G.(1980): Potere/Autorità. *Enciclopedia*, Einaudi, Torino, Vol.X, p. 1041-1053.
- Van Ijzendoorn, M.(1989): Moral Judgement, Authoritarianism, and Ethnocentrism. *Journal of Social Psychology*, 129(1) p. 37-45.
- Vecchi, B.(1993): In cerca di sovranità. En Caldiron G. (Ed.), *Gli squadristi del 2000*, Manifestolibri, Roma.
- Weber, M.(1992): *Wirtschaft und Gesellschaft*, Mohr, Tübingen.
- Wrong, D.(1979): *Power: Its Forms, Bases and Uses*, Basil Blackwell, Oxford.
- Zambelloni, F.(1978): *Autorità e autoritarismo*, La Nuova Italia, Firenze.

Michele Rocco y Daniela Converso son psicólogos sociales del Departamento de Psicología de la Universidad de Turín. Coordinan el grupo de investigación de Psicología Política. Sus principales campos de interés dentro de psicología política son el estudio del autoritarismo y la socialización política. Converso además se interesa por el análisis del discurso político. Acaban de publicar *L'altra faccia della solidarietà* Departamento de Psicología. Universidad de Turín. Via Po, 14. 10123 Torino. Italia